

Susan Sontag. *Viaje a Hanoi*. Cuadernos de Joaquín Mortiz, México, 1968.

La lista de escritores norteamericanos que visitan Vietnam, escriben, declaran y comentan sobre él, crece poco a poco y va desde el boina-verde Steinbeck (admirable escritor progresista de los 30s.) hasta Mary McCarthy y Susan Sontag, a quien ahora toca el turno, en lo que en términos de juego podríamos titular "brinca la tablita yo ya la brinqué"; en otros términos, dentro de la tradición literaria norteamericana, el fenómeno nos muestra la trinidad de la conciencia en el sentido en que Faulkner se refiere a los tres hombres que la representan en *Moby Dick*: "no saber nada, saber y no preocuparse, y saber y preocuparse".

Como se advierte en la contraportada, *Viaje a Hanoi** "no es ni un tratado político ni un simple reportaje", sino como apunta la propia autora, un viaje interior, un asomarse a la propia conciencia, un "saber y preocuparse", más que con respecto a la agresión de los EE.UU., en sí, al conflicto individual y social que le impone el hecho de ser norteamericana, parte y causa de los beneficios y contradicciones que tal situación implica, más las particularidades del hecho de ser escritora. Es con este *background* que la Sontag se enfrentó a la cultura y a la civilización vietnamita, durante la visita de dos semanas que realizó en 1968, invitada por las autoridades de Vietnam del Norte.

A través de la lectura de su narración, que va desde la cura en salud, el pesimismo inicial ante la imposibilidad de acercamiento, de comprensión, y no política o cultural, sino simplemente humana de los vietnamitas, al haberse formado en una sociedad no ética y encontrarse de pronto en una que lo es por esencia, se siente, se sabe imposibilitada para captar el sentido de la cortesía vietnamesas, reprueba su aparente asexualidad y falta de complejidad, y los ve como si fuesen ingenuos, con el paternalismo que da el ser miembro de una cultura como la suya, en la cumbre del poder; le molesta, y no entiende del odio, el sentido que tienen de la historia, que le parece extremadamente didáctica, que lo es, pero que va más allá de la concepción norteamericana de la

historia como una mera abstracción cultural, al concebirla como una totalidad: pasado, presente y futuro son asumidos y vividos simultáneamente, fortaleciéndose así ante la "cadena de episodios de victimización a cargo de las grandes potencias", a la vez que impiden la penetración cultural de las mismas. La autora desea encontrar a alguien que se deje llevar por el "sentimiento", olvidando que es un país en guerra desde hace siglos, y que ha llegado a racionalizar fríamente su situación como única forma de sobrevivir. Esta es una parte realmente molesta del texto. La autora rompe con estas dificultades en la medida en que se despoja de sus moldes, de sus prejuicios occidentales y norteamericanos, reflexionando, inteligente y lúcidamente la experiencia de su contacto directo con un pueblo, que había abstraído a tal grado, que no se correspondía mínimamente con su realidad concreta. Reflexión que alteró su visión del mundo, llevándole a cuestionar su sociedad desde una nueva actitud, apreciando aspectos que antes había subestimado y viceversa, llegando al punto en que afirma como necesario el cambio social en su país como única forma de alcanzar el cambio psíquico, necesarios para salvar de la enajenación y destrucción consecuente a su sociedad. No deja de ser sintomático que tales apreciaciones (no lo digo peyorativamente) hayan sido motivadas en principio por los propios vietnamitas (en cuanto su valorización del pueblo y gobierno yanquis), en el sentido en que nos permiten ver el grado de alineación en que se encuentran nuestros vecinos.

Narrado con soltura, al principio con espontaneidad —casi diría "ingenuidad"—, *Viaje a Hanoi* permite al lector seguir el proceso, el itinerario moral que su autora siguió. Si bien su posición política no deja de ser romántica en mucho (y tal vez lo intuye cuando dice: "Quiero su victoria. Pero no entiendo su Revolución"), y su visión, en el mismo sentido, más que limitada al manifestar que le es más accesible —en el sentido de conocimiento— la Revolución Cubana que la vietnamita, sin tener en cuenta no sólo las diferencias que en todos los órdenes existen entre un pueblo latino y uno oriental, sino la diferencia que hay entre una revo-

lución que ha tomado el poder (ella visitó Cuba en 1960) y una que se encuentra en plena lucha y en situación de fuerzas desfavorable. No obstante, su lucidez intelectual le permite observaciones agudas sobre las diferencias culturales, en particular sobre la diferencia conceptual en torno a la educación, sobre todo en cuanto difieren esencialmente la cultura vietnamita y la norteamericana, al basarse la una en la vergüenza (entendida como dignidad) y la otra, puritana, sobre el sentimiento de culpa; esto le lleva entre otras cosas a afirmar la “integridad” vietnamita y la distorsión norteamericana, o a recapitar sobre la aparente ingenuidad vietnameses —de la que habla al principio— al carecer de la ironía, tan cara a los occidentales.

Escrito en forma de diario, de reflexiones progresivas, se nota una cierta influencia estilística de Mary McCarthy, cuyos escritos sobre Vietnam dice haber leído a su regreso; aunque menos radical que ella, tal vez por falta de compromiso suficiente o por limitación propia, pero en la medida que Susan Sontag hace suyo el concepto de historia de Hegel, como un “estado de conciencia”, una experiencia que pudo ser pasiva se tornó en “una confrontación activa con los límites de mi propio pensa-

miento”. Advierte que: “Un acontecimiento que hace consciente nuevos sentimientos es siempre la experiencia más importante que una persona pueda tener” y “ya nunca volverá a ser el mismo”. Así, hace suya la consigna de Godard (en su cortometraje al respecto y vía Che), a la que hace alusión en algún momento, de crear un Vietnam interior como única forma válida de solidaridad *in absentia*.

Si bien en términos políticos o antibélicos *Viaje a Hanoi* no aporta nada nuevo, sí viene, en su doble forma de toma de conciencia individual y testimonio social, a mostrar que la parte más lúcida y crítica de Norteamérica, son sus intelectuales y escritores, desde C. Wright Mills hasta Norman Mailer, son ellos los que poseen la “palabra enemiga” de que habla Carlos Fuentes y de la que dice: “La nueva palabra norteamericana indica la ruptura del “sueño americano”; son ellos los que tienen conciencia y asumen la sentencia de Faulkner: “porque si nosotros en norteamérica hemos llegado a ese punto en nuestra cultura desesperada en que debemos asesinar niños, no importa por qué razón o de qué color, entonces no merecemos sobrevivir y probablemente no sobreviviremos.”

José Carlos Méndez



Luis Martín-Santos, *Tiempo de silencio*. Editorial Seix Barral, S. A., Barcelona, 1968 (biblioteca breve).

El científico don Pedro hace sus investigaciones sobre el origen del cáncer. Su laboratorio está en el corazón de Madrid, pero su corazón está muy lejos del ambiente de la gran urbe. Atento observador de los tumores cancerosos que pueden producirse en los ratones blancos traídos de Illinois, parece situarse también detrás de un

microscopio para juzgar con frialdad y precisión las disonancias que se producen en la vida de la capital española.

Los ratones aprisionados tras los barrotes de las jaulas son el símbolo del estadio final al que llegará don Pedro, después de caer una vez tras otra en las seducciones que la vida madrileña le va presentando. Un embrollado camino conduce al personaje desde su situación de observador lejano hasta la total complicidad con un ambiente en donde el azar cuenta más que la